

La lengua negada

Publicado en La Tempestad mayo 2019, número 145.

*" Porque si el espíritu y el pensamiento no existen, entonces no había que hablar de ellos,
nunca se debió haber hablado de ellos.
Yo no tengo espíritu,*

solo soy un cuerpo."

*"...empieza primero por bailar, pobre diablo de mono, cerdo macaco europeo que eres,
que nunca aprendiste a levantar el pie"*

Antonin Artaud

Hay que preguntarse lo que sucede cuando un poeta está despojado de su lengua, de su pueblo, de su historia. Al despojo al que me refiero, hay que nombrarlo, se llama invasión, genocidio y colonización, por parte de los ejércitos europeos, de un territorio hoy conocido como América Latina. Escribo aquí ejércitos europeos -no solamente españoles- porque en el Siglo XVI, como lo escribió Eduardo Galeano, *"España es como la boca que recibe los alimentos, los mastica, los tritura, para enviarlos enseguida a los demás órganos, y no retiene de ellos por su parte, más que un gusto fugitivo o las partículas que por casualidad se agarran a sus dientes"*.

Hay que preguntarse lo que sucede, entonces, cuando después de más de quinientos años de tentativas de erradicar las lenguas originarias, de imponer modelos políticos, históricos, económicos, intelectuales europeos en América Latina, un poeta nace con la certeza de haber sido despojado de su lengua, de su pueblo, de su historia.

Hay que preguntarse lo que sucede, o, más bien, qué poesía puede nacer de esta violación, de esta violencia impuesta por el Hombre sobre el Hombre.

Máquina parlante viene de esta historia. Samuel Cedillo nació despojado del pueblo y de la lengua *jñatrjo*, hablando español, en la aldea de Tetela, Tlalpujahu Michoacán. Como el grito de Artaud manifiesta una revuelta absoluta contra el robo de su propio cuerpo, *Máquina parlante* es una poesía de rechazo. En su propio grito, *Máquina parlante* lleva una palabra de destrucción, una palabra soberana que, sistemáticamente, demuele y derriba toda entidad dominante.

Máquina parlante parte del cuerpo, como última instancia permaneciendo después del despojo del pueblo, de la historia, de la lengua. *Máquina parlante* rechaza, desde un principio, la dominación del signo sobre el sonido, la dominación del sentido sobre el cuerpo. El texto escrito de la *Máquina*, desplegado sobre una única página de cincuenta metros, es un soporte que posibilita el poema. El poema ocurre mediante y en la voz del intérprete. *Máquina parlante* no se puede reducir al único despliegue mudo, silencioso, lineal, de la palabra en la página. La obra sucede en el agotamiento físico, muscular, afectivo, del intérprete, cuya resistencia está llevada hasta sus límites últimos.

La lengua cuyo signo se ve derrotado por la *Máquina* es, en primer lugar, la lengua española. En este sentido *Máquina parlante* constituye una mutilación ejercida sobre la lengua del invasor, como una respuesta al despojo de la lengua *jñatrjo*, que Samuel Cedillo no habla. La lengua refinada, culta, propia de los poetas del Siglo de Oro, se ve atropellada por la *Máquina*. No se trata solamente del invento vanguardista de una nueva lengua -lo que hace, en este sentido, todo gran poema. Hay aquí una intención deliberada de herir lo que fue, para Samuel Cedillo, una lengua materna predeterminada, impuesta.

El atropello sucede primero mediante la articulación vocal, mediante el recurso al cuerpo, que se enfrenta a la tradición culta y moderna, europea, de una poesía privada de su oralidad. La velocidad de la voz, sus diversas afectividades llegan, progresivamente, en la *Máquina*, a despojar la lengua misma de su sentido. Los gestos, las gesticulaciones, el carácter profundamente grotesco de las entonaciones llegan a ser más significantes que el sentido del texto. *Máquina parlante* se despliega mediante una yuxtaposición, una acumulación de entidades de sentido gritadas, sometidas a la corporalidad del que las pronuncia. La palabra siendo pura materia sonora, la materia textual llega a ser casi indiferente, o absurda. No existen vínculos de causalidad entre la afectividad vocal y el contenido de sentido del texto. Hay que recordar la rabia con la cual *Máquina parlante* enuncia definiciones fisiológicas, verdades anatómicas, tales como "*el intestino grueso termina abriéndose al exterior por medio de un orificio que es el ano*". Dicha rabia es un elemento exterior al sentido del texto. No está inducida por el sentido del texto: viene de más allá.

Al nivel del mismo texto escrito, el sentido se ve también derrotado por la organización misma de la sintaxis, de la gramática. Samuel Cedillo, en la *Máquina*, trabaja en destruir la unidad de la frase, su articulación, su lógica gramatical. La *Máquina* consta de una sola y única frase, corriendo a lo largo de sus treinta y cinco minutos de pronunciación. Frase laberíntica, de apariencia caótica, que describe una infinidad de órganos, tejidos, células, morfologías, funciones fisiológicas, anatómicas, mecánicas, sin que ellas mismas sean organizadas según la lógica racional de un discurso medical o científico. La lógica de organización del texto permanece, para el escucha, oculta, caótica. La lógica de organización del texto es así el puro flujo verbal. En este sentido *Máquina parlante* podría ser el simétrico inverso de lo que Artaud llama *cuerpo sin órganos*: Artaud queriendo destruir la idea misma de órgano, la *Máquina* multiplicando, de forma vertiginosa, en la lengua, los órganos, hasta derrumbar el sentido mismo de la idea de cuerpo.

pulsaciones nerviosas, colapso de estructuras subcelulares, colapso del homo erecto, colapso de la palabra, trazos laberínticos del mono sobre la Tierra, líquido manar de vísceras licuadas, vientre homo mimo matriz mamífero placenta feto rodeado por membrana, gracias a la absorción de agua que se produce a este nivel del tracto digestivo las heces adquieren la consistencia semisólida que les caracteriza, desarrollo del espermatozoide: adquisición de forma exacta, ADN compactado, cabeza lo más pequeña posible, diseño perfecto de la cola, resistencia y velocidad, elevada cantidad de mitocondrias, energía en alto nivel, gran eficiencia en el consumo de energía, máquina parlante viviente consumidora de energía, descargas eléctricas

Hay, en la lengua de la *Máquina* algo que atañe al automatismo, al mecanicismo. Como si la biología ya no obedecería a los tiempos ni a las proporciones del ser vivo, sino a las leyes, a la velocidad, a la productividad de la Era Industrial -la cual tiene el mismo origen que la

colonización. El cuerpo del que habla la *Máquina parlante* ha enloquecido, se ha mecanizado la lengua. Como si este cuerpo fuera también cuerpo canceroso, multiplicado al infinito, en una misma lengua cancerosa, proliferante, incapaz de poner fin a su propia expansión. En este sentido, *Máquina parlante* establece una zona de intensidad particular en el lenguaje, aproximándose, nuevamente, al cuerpo sin órganos, *CsO* tal como lo entendieron, esta vez, Deleuze y Guattari. Meseta de intensidad donde la energía se mantiene constante. *Máquina parlante* siempre elude la organización, la estratificación que viene del sentido. No obedece a la búsqueda de alguna estructura significativa jerarquizada: siempre tiende al flujo, a la continuidad rizomática de la materia verbal.

Dicha proliferación lleva, en el nivel sonoro, a una pérdida de memoria del escucha. En esto, *Máquina parlante* es hermana de los *Monólogos*, obras instrumentales de Samuel Cedillo. Derrota al escucha tanto en su propensión de querer deducir del texto una unidad superior de sentido, como en su tentativa de recordar el poema. *Máquina parlante* imposibilita cualquier tentativa de retener una estructura de sonido o de sentido. Eco remanente y lejano de la memoria negada del pueblo *jñatrjo*. Se piensa aquí en Celan, al conflicto de Celan con su lengua.

Pero la *Máquina* no solamente derrota al hombre que habla español. La *Máquina* mutila la idea misma de Hombre y de humanidad. La figura del Hombre que perfila el texto es, en efecto, desprovista de historicidad. El Hombre, en la *Máquina*, es homo: animalidad pura, puro cuerpo gritando, defecando, copulando, muriendo, desintegrándose, y luego, renaciendo una y otra vez. Tanto el lenguaje, palabra del mono humano, como el pensamiento no son sino un epifenómeno del cuerpo. Lenguaje = sonido. Pensamiento = descarga eléctrica. *Máquina parlante* pone en peligro la idea del Hombre como ser marcado por la dualidad fundamental entre cuerpo y espíritu. Ya se sabe cuánto esta dualidad va en detrimento del cuerpo, haciendo de la capacidad de pensar el argumento que ha puesto al Hombre por encima del resto del reino animal. También cuánto la tendencia del pensamiento occidental a establecer distinciones y categorías, pudo ser utilizada para fines colonizadores para justificar relaciones de poder. De la cultura sobre la naturaleza. Del humano sobre el animal. Del alma sobre el cuerpo. Finalmente, del Hombre sobre el Hombre. *Máquina parlante* adopta el punto de vista del cuerpo, y rechaza, con fuerza, la distinción entre animal y Hombre. El Hombre, en *Máquina parlante*, no es más que un animal. La experiencia universal de la defecación, a la cual la *Máquina* vuelve con tanta insistencia, remite el Hombre a las funciones corporales que más quisiera disimular, ¿la historia de la *civilización* no es la de la disimulación progresiva de los excrementos, primero sustraídos a la mirada, luego excluidos de la lengua literaria o poética como elementos innobles, impropios? La defecación, que la *Máquina* nos obliga a ver, es, sin embargo, un universal irrefutable, cuya experiencia ningún hombre puede negar. Y en el gesto sacrílego de introducir el excremento como elemento central de su poesía, Samuel Cedillo se acerca, por otra vía, a la búsqueda de la fecalidad enunciada por Artaud. La insistencia de la *Máquina* en recordar, durante la experiencia de la defecación, la derrota de la voluntad del mono -sede, como bien se sabe, desde la Época Clásica, del libre albedrío y de la naturaleza moral de Hombre- es absolutamente ofensiva.

el ojo observa, el ano se abre, contención de la respiración, aumento de la presión arterial, expulsión de gases, nuevamente la materia fecal es desalojada, nuevamente el homo expulsa sus excrecencias, nuevamente residuos de excremento embarrados en la superficie del contorno externo del ano dan testimonio de la actividad realizada independientemente de la voluntad del mono, gases expulsados y excremento se concretizan como una

actividad realizada mediante el hedor en el ambiente que rodea al mono, el olor entra por la cavidad nasal independientemente de la voluntad del mono: acomodado en posición fecal, envuelto en una bruma de hedor, su olfato toma registro de la actividad realizada y constata la expulsión de sus excrecencias independientemente de su voluntad, una y otra vez homínida bípedo erecto en posición fecal, una y otra vez monos expulsando sus excrecencias en una infinidad laberíntica de puntos sobre la Tierra

En otra parte, la larga letanía de nombres propios, indiferentemente usados, como si fuesen sustituibles, ataca la idea de la existencia de una identidad singular, irremplazable, única, del individuo humano. El Hombre, para la *Máquina*, no es más que un "mono etiquetado" por la lengua. La boca, en su actividad de expulsar palabras, no es más que el doble del ano expulsando sus excrecencias. Boca = ano. Palabra = excremento. El sentido se encuentra aquí con la realidad sonora de la palabra -ella misma ya no debiendo ser entendida como unidad de sentido sino como pura deyección sonora.

el aparato digestivo sistematiza, organiza, articula, el aparato digestivo genera su materia fecal, expulsa, el mono sistematiza, organiza, articula, etiqueta, nombra: mono macho Juan, mono macho Sergio, mono macho Anastasio, mono hembra Jimena, mono macho José, mono hembra Rosa, mono macho Rafael, mono hembra Teresa, mono hembra Laura, mono macho Fernando, mono hembra Sofía, mono hembra Marcela, mono macho Tebeo, mono hembra Julia, mono macho Fulgencio, mono macho Roberto, mono hembra Lucía, mono macho Estanislao, mono hembra Carmen, mono macho Pedro, mono macho Simón, mono hembra Dalia, mono macho René, mono macho Saúl, mono macho Alfredo, mono hembra Rebeca, mono macho Pancracio, mono hembra Aidé, mono macho César, mono macho Felipe, mono hembra María, mono hembra Cecilia, mono macho hembra A, mono macho hembra B, mono macho hembra C, mono A, mono B, mono C, multitud de mono A, B y C sobre la Tierra, A, B y C chillando, gimiendo, articulando su aparato fónico, multitud A, B y C desplazándose laberínticamente sobre la Tierra

Como última consecuencia del ataque hacia el Hombre, *Máquina parlante* tiende a destruir el cuerpo mismo de quien la pronuncia. Esta destrucción del intérprete se alcanza mediante el agotamiento físico que su dicción, su vociferación, su gesticulación implican. La tesis teórica presente en el texto no se diferencia de su puesta en práctica mediante el cuerpo. *Máquina de destrucción*, entonces. Quien sea que escuche la *Máquina* en su realidad vocal asiste a una especie de ritual de destrucción, operado mediante la palabra. *Máquina parlante* es un ritual sin religión, donde no se busca recobrar la historia negada. *Máquina parlante* viene del despojo, y tiende a un despojo más amplio aún. Tiende a alcanzar una libertad infinita, incluso a costa de la desaparición del ser que la busca. Se trata, solamente, en definitiva, de libertad. *Máquina parlante* alcanza un estado del ser donde poesía, teatro y danza son una sola y única cosa. La danza de la *Máquina*, animal, primordial, encuentra un estado primigenio de la poesía.

La relación entre sonido y signo, entre cuerpo y la línea corriendo sobre la página es, ahí, decisiva. La palabra alcanzada por la *Máquina* no es escrita, ni oral -al contrario de lo que la ideología colonizadora hubiera querido hacernos creer, al querer separar los pueblos sin escritura de los pueblos con escritura. La palabra de la *Máquina* es a la vez escrita y oral. El

signo ahí es dibujo, y el grito, canto. Samuel Cedillo dibuja sus partituras ignorando la lógica restrictiva del pentagrama. Las hace cual dibujante. Lee toda poesía en voz alta, ignorando el silenciamiento del sonido que impone la página. Encuentra, desde la destrucción y mediante la destrucción, una palabra viva.

Florence Malfatto